

# LETRAS

## LETRILLAS

### L&TR



Fotografía: Xinhua/Presidencia de Venezuela

82

LETRAS LIBRES  
ABRIL 2015

CARTA DESDE CARACAS

## EL TIEMPO DE LOS INUSUALES

LAURA HELENA CASTILLO

**T**eatro y *timing*. A veces, también, se trata de eso. En el peor momento de popularidad del presidente Nicolás Maduro —que es el peor momento de popularidad del chavismo desde que llegó al poder hace quince años—, cuando una de las cartas que le quedan al gobierno para hacer rendir la aparatosa herencia de Hugo Chávez es denunciar golpes de Estado con *french fries* cocinados desde el “imperio norteamericano”, cuando el desabastecimiento de alimentos ha convertido un pollo crudo en un botín de enfurecidas amas de casa y las encuestas muestran que por primera vez la intención de voto de la oposición puede traducirse en un cambio en el equilibrio de fuerzas. Justo en este momento Barack Obama firma una orden ejecutiva en la que declara que Venezuela es una “amenaza inusual y extraordinaria” para la seguridad de Estados Unidos.

Pertenecer al club de los inusuales es una circunstancia de pocos. En este momento está integrado por Irán, Sudán, Rusia, Siria, Bielorrusia, Corea del Norte y algunos otros. De los colegas que han entrado y salido, tres son americanos: Haití,

Nicaragua y Panamá. La orden que firmó Obama el 9 de marzo de este año cita la Ley para la Defensa de los Derechos Humanos y la Sociedad Civil de Venezuela, que congresistas de Estados Unidos aprobaron en diciembre de 2014 a la luz del deterioro de los valores de la democracia venezolana, amenazada por el encarcelamiento de líderes políticos, los casos de corrupción y el uso desproporcionado de la fuerza policial para contener las protestas. La norma se expresa en dos sanciones específicas: la posibilidad de que el presidente Obama decida el congelamiento de activos y la revocatoria de visa y expulsión de Estados Unidos de funcionarios venezolanos que hayan estado relacionados con la violación de derechos humanos. El primer grupo de siete señalados lo conforman militares, fiscales, directores de policías y presidentes de corporaciones estatales.

Para el chavismo todo este decorado legal se traduce en una sola idea que no es nueva y tiene su *target*: “El presidente Barack Obama, representando a la élite imperialista de los Estados Unidos, ha decidido pasar personalmente a cumplir la tarea de derrocar mi gobierno e intervenir Venezuela para controlarla.” Así reaccionó Maduro, con la misma canción que no ha dejado de entonar desde que llegó al poder hace dos años. De nuevo

hizo *playback* de sí mismo. La diferencia es que, por primera vez, Obama lo acompañó con algunos coros.

En palabras de John Magdaleno, consultor político: “No estoy valorando la decisión de Obama, pero puede ser aprovechada por el gobierno venezolano para estirar las tensiones en la dirección de transferir la responsabilidad de la crisis a otros actores en medio de un contexto socioeconómico muy serio: van tres años consecutivos con altas tasas de inflación, se estima que en 2015 ronde 90% o 100% y la escasez es muy pronunciada, lo que genera un profundo malestar social; esto tiene impacto sobre la imagen del presidente Maduro. Según la encuestadora Datanálisis, aparece señalado por un 45% de la muestra del estudio como el responsable de la crisis. Eso nunca había ocurrido en tiempos de Chávez, cuando siempre eran señalados como responsables los miembros de su gabinete y, por último, él. Además, la identificación con el modelo chavista bajó dieciocho puntos porcentuales entre diciembre de 2012 y diciembre del año pasado.”

La historiadora y analista política Margarita López Maya considera que en este episodio de enemistad entre el chavismo y Estados Unidos también hay algo de teatro, de retórica melodramática: “La jugada de Obama es parte de la misma resolución del

año pasado. Lo hace en el momento en que Unasur se retira de Caracas después de haber hecho un muy mal papel como mediador, con un presidente como Ernesto Samper que está totalmente polarizado. Ha sido algo pensado. Pero así como Maduro nos está hablando todo el día de guerra económica e invasiones imperiales, esa resolución de Obama tiene algo de histriónica y de teatral, y no se corresponde con la realidad porque Venezuela no tiene con qué ser una amenaza.” John Magdaleno también duda de que las acciones estadounidenses puedan beneficiar al gobierno todo lo que necesita. “En doce años no se había visto que meses antes de una contienda electoral, sin haber empezado la campaña, la oposición arranque con veinticinco puntos porcentuales de ventaja. El gobierno va a intentar revertir esto, pero no se sabe si lo logrará en medio de una recesión económica que no parece que vaya a revertirse en corto plazo. El cuadro tendría que cambiar radicalmente.”

En esta puesta en escena hay actores con predilección por el género de la “diplomacia gore”. El embajador de Venezuela en la Organización de Estados Americanos, Roy Chaderton, habló incluso de un eventual ataque de tropas estadounidenses durante una entrevista en el canal de televisión del Estado. “Las bombas son generosas en el sentido de que se reparten por igual entre todo lo que encuentran por delante, las armas cumplen la misma función; los francotiradores apuntan a cabezas, pero llega un momento en que una cabeza escuálida [mote inventado por Chávez para referirse a los opositores] no se diferencia de una cabeza chavista, salvo en el contenido; el sonido que produce en una cabeza escuálida es mucho menor, es como un chasquido, porque la bóveda craneana es hueca, entonces pasa rápido, pero eso se sabe después de que pasa el proyectil.” Habló sin despeñarse, sonriendo en la palabra “rápido”, como si —por ejemplo— jamás se hubiera enterado de que dos semanas atrás un oficial de la Policía Nacional Bolivariana le había disparado a quemarropa en la cabeza a Kluivert Roa, un estudiante de catorce años de edad

que salía del colegio y estaba cerca de una protesta opositora. El muchacho murió con el morral de libros en la espalda. En Venezuela las amenazas internas no son tan inusuales.

Antes del decreto, voceros del gobierno de Estados Unidos habían manifestado su preocupación por las detenciones de opositores sin juicio ni pruebas. El más reciente encarcelamiento fue el del alcalde metropolitano Antonio Ledezma, al que una comisión de hombres con pasamontañas del servicio de inteligencia sacó de su oficina por orden de la fiscalía que lo acusa de participar en un golpe de Estado. Ledezma se encuentra recluido en la cárcel militar de Ramo Verde —junto con el también alcalde Daniel Ceballos y el fundador de Voluntad Popular, Leopoldo López— y la fiscal de su caso, Katherine Harrington, es uno de los siete sancionados de Obama.

Muy pronto, Maduro se sentó a comer en la mesa ejecutiva que le sirvieron: pidió al Parlamento poderes excepcionales para legislar contra la injerencia norteamericana a través de una Ley Habilitante y los diputados del chavismo se la otorgaron por nueve meses. “La solicitud de poderes especiales puede ser leída como una medida de un gobierno que sospecha que puede perder la mayoría de la Asamblea Nacional y que hará cualquier cosa por preservarla. No hay garantías de que estas elecciones puedan ocurrir en unas mínimas condiciones democráticas de equilibrio y de competencia justa. Hay que exigir desde ya una observancia internacional importante”, advierte López Maya.

Todo esto ocurre al mismo tiempo que Obama propicia, participa y hace público el acercamiento de su gobierno con el de Cuba, la nave nodriza del chavismo. Ocurre mientras PDVSA sigue vendiéndole petróleo a Estados Unidos pero los oficiales de inmigración de ambos países juegan a tensar la cuerda con los viajeros trasnochados. Y sucede también mientras los venezolanos pasan el día haciendo colas en los mercados detrás de jabón, café y pañales, y son capaces de protagonizar una escena trágica por ese pollo crudo. —

POLÍTICA Y LITERATURA

## LA POSIBILIDAD DE UNA FRANCIA ISLAMISTA

GUADALUPE NETTEL

**D**e niña viví casi cinco años en una *banlieue* francesa, uno de los barrios más peligrosos de Aix-en-Provence, poblado sobre todo de argelinos y marroquíes. Como asistíamos a la misma escuela, llegué a saber que no eran precisamente queridos por los directores. A la menor provocación, los expulsaban del colegio o, en el mejor de los casos, eran redirigidos, antes de cumplir los quince, a escuelas técnicas donde pudieran aprender un oficio. Pocos maestros ponían esperanzas en ellos. Con frecuencia, me encontraba con mujeres golpeadas por sus maridos en las escaleras de mi edificio y con coches incendiados en la calle. Por motivos en apariencia nimios los adolescentes se peleaban a golpes o con navajas. Pero también había momentos de remanso: por las mañanas y por las tardes, se oía una grabación con el inconfundible llamado al rezo y la vida parecía detenerse durante algunos momentos. Para mí, todo lo que describo era tan incomprensible como la lengua que mis vecinos usaban para comunicarse. Lo único que saqué en claro de esa convivencia es que pertenecíamos a dos culturas distintas y que ni a ellos ni a mí nos interesaba demasiado conocernos. A veces pienso en esos niños cuyo rostro, nombre y apellido recuerdo todavía. Me digo que ahora son adultos y que probablemente, a diferencia de mí que regresé a mi país de origen, ellos siguen viviendo allá, entre sus compatriotas los franceses. Me he preguntado qué hicieron de sus vidas con oportunidades tan limitadas como las que tenían. Me he preguntado también si alguno de ellos abrazó la causa de la *yihad* y la verdad es que me resulta muy difícil creerlo. Hay una gran diferencia entre pelearse en la calle y volverse un terrorista. Cuando leo las noticias recientes sobre el Estado Islámico, la decapitación de civiles, los videos de encapuchados defenestrando homosexuales, los atentados contra monumentos que, por su antigüedad y

belleza, forman parte del patrimonio de la humanidad, me invade una sensación de absoluto sinsentido. Como si nada de eso pudiera tener una explicación.

A pesar de la violencia cotidiana, de los constantes incidentes ocurridos en las *banlieues* parisinas, a pesar del escandaloso caso de Mohammed Merah, el islamista que mató a dos militares franceses, a un civil y a tres niños de una escuela judía de Toulouse en 2012, Francia no había tenido nunca un atentado tan estremecedor como el 11-S o el 11-M. No fue hasta enero del 2015 cuando el país se vio medularmente atacado. La muerte de los doce periodistas de *Charlie Hebdo* conmocionó al mundo entero. No solo arremetió contra la vida de civiles, sino también contra la identidad francesa y sus valores.

Todos tenemos el sueño de ver al mundo árabe en paz con Occidente. Al Ándalus —el territorio donde por un largo periodo las tres religiones del libro convivían sin demasiados problemas— persiste en nuestro imaginario. Era una época en que los poemas —las famosas jarchas y moaxajas— se escribían en hebreo, árabe y castellano, simbolizando la unión entre esas culturas. Ahora, sobre todo después de los últimos actos de violencia, esa paz se antoja cada vez más lejana e inalcanzable.

Un requisito fundamental para resolver cualquier querrela es comprender el punto de vista racional y emotivo de nuestro contrincante, en pocas palabras, ponernos en los zapatos de ese otro a quien vemos como nuestro enemigo. Para eso, es necesario vencer algunos prejuicios. El primero consiste en creer que todos los musulmanes son potenciales terroristas. Otro, no menos desdeñable, es el de la religión. Hace tiempo que las religiones están en crisis en el mundo occidental y sobre todo en Francia. Muchos de nosotros las concebimos como folclor o una excentricidad tolerable mientras no caiga en el fanatismo. Para la derecha, los musulmanes son bárbaros y violentos por cultura (para la ultraderecha, lo son por raza), y por esa razón habría que deshacerse de ellos. Una limpieza “con Kärcher”, prometió en su día Nicolas

Sarkozy, al hablar de las *banlieues*. Para la izquierda, la *yihad* es la consecuencia de un profundo malestar cultural, de la marginación y la pobreza en la que han vivido los inmigrantes magrebíes en Europa. Sin embargo, hay pobres y marginales en todo el mundo, incluido el mundo musulmán, y muy pocos se vuelven yihadistas. Michel Foucault lo dijo muy claro en un reportaje para *Corriere della Sera* tras su visita a Irán en 1978: “El problema del islam como fuerza política es esencial para nuestra época y para los años venideros.” Los iraníes, desde su punto de vista, se habían levantado en armas no tanto impulsados por los factores socioeconómicos como atraídos por la esperanza mesiánica: “En Irán los militantes del comunismo o de los derechos humanos se están viendo reemplazados paulatinamente por aquellos que aluden a la sharia.” Otro prejuicio a vencer es que los yihadistas constituyen un ejército de harapientos alienados. Tanto el como Al Qaeda cuentan entre sus filas a hijos de familias acaudaladas, educados en las mejores universidades europeas, que creen en la religión y en la pertinencia de la guerra santa. Para ellos, no se trata de una reivindicación de igualdad de oportunidades, sino de una lucha contra la herejía, un conflicto del bien contra el mal, en el cual ellos representan el lado luminoso. Cuesta entender, dice Jean Birnbaum, periodista de *Le Monde*, que el único motivo por el cual miles de jóvenes europeos están dispuestos a enrolarse en una guerra sea la religión. Cuesta entender que un ejército de *geeks*, científicos, ingenieros y *hackers* se movilice y arriesgue la vida por valores que a nosotros nos parecen obsoletos desde hace siglos, a saber, una política espiritual.

Este es el tema de *Soumission*, la novela más reciente de Michel Houellebecq. La historia se sitúa en el año 2022 tras el segundo y calamitoso mandato de François Hollande. Se trata, como lo han señalado varios críticos, del libro más endeble del autor de *Las partículas elementales*. Da la impresión de que Houellebecq no se ocupó mucho ni de la estructura ni de desarrollar los personajes de su historia. Fuera del tema político, el escritor

no juega casi nunca a la anticipación: sus personajes siguen usando iPads y *smartphones* idénticos a los nuestros, la televisión es muy semejante a la de ahora. La prensa también. La lectura no resulta apasionante pero sí ágil y no exenta de sentido del humor, de ese humor provocador y un poco zafio que caracteriza a Houellebecq. Su mayor mérito radica en la sátira política y social. Francia, al borde de la implosión, ve como única alternativa someterse al islam. Así, Mohammed Ben Abbas, el candidato de un nuevo partido, Fraternidad Musulmana, un hombre moderado “con aspecto de tendero tunecino”, llega al poder de forma totalmente pacífica y democrática. ¿Qué motiva ese voto? Principalmente la ineptitud de los candidatos del Partido Socialista y de la Unión por un Movimiento Popular, pero también el anhelo que tiene un sector importante de la sociedad por recuperar la espiritualidad en la vida cotidiana, la posibilidad de un régimen político-religioso, como el que mencionaba Foucault, ante el fracaso evidente de la V República.

Los franceses que retrata Houellebecq pertenecen a esa clase media de la intelectualidad, constituida por profesores universitarios, apáticos y convenencieros, absortos en sus querellas internas y que difícilmente se enteran de lo que sucede ahí, tras las puertas de la Sorbona o del establecimiento para el que trabajan. François, el narrador, es profesor de literatura especializado en Joris-Karl Huysmans y, como los personajes de este último, cultiva una postura flemática y decadente. “Yo no tengo nada que ver con nada”, es lo primero que dice acerca de sí mismo. Sin embargo, esta indiferencia es solo una fachada y nos damos cuenta de ello por ciertos párrafos virulentos en los que arremete contra la izquierda, especialmente la del 68: “momias progresistas moribundas, sociológicamente exangües pero refugiadas en ciudadelas mediáticas”. Y contra el humanismo: “siempre me ha dado ganas de vomitar”. Con esa distancia apática que mantiene durante la mayor parte del relato, François observa cómo la Francia histórica, la Francia de la laicidad y de



Ilustración: LETRAS LIBRES / Alejandro Magallanes

los derechos humanos, se desmorona o, mejor dicho, muta de cultura. Tras un par de semanas de caos, durante las cuales deja París y se sumerge en una suerte de retiro espiritual en la abadía de Ligugé, François regresa a París para descubrir que no solo todo está inusualmente en orden, sino que la vida resulta ahora mucho más agradable: hay paz en las *banlieues*, el desempleo ha bajado de manera dramática, gracias a la salida de las mujeres del campo laboral, los petrodólares llueven desde Arabia Saudí y Qatar. Francia ha adquirido un nuevo protagonismo en la escena internacional al convertirse en el eje, entre Europa y el Mediterráneo, de lo que a todas luces está por constituir un imperio llamado Eurabia. Lo único que François necesita para disfrutar de esos nuevos beneficios es volverse musulmán. El título de la novela remite al significado original de la palabra islam y a su idea de que en esta radica la clave de la “verdadera vida”.

Contrariamente a lo que se ha dicho, la novela no es un elogio a esta religión ni ve a la fe como única

alternativa para una sociedad en absoluta decadencia. Cuando los personajes se convierten, lo hacen sin ninguna convicción y movidos por el interés material: un mejor salario, una mejor vivienda, varias esposas. Se trata, como he dicho antes, de una sátira, pero también de una advertencia.

El día en que *Soumission* apareció en las librerías de Francia, se publicaron también algunas críticas ditirámicas en los medios más importantes del país. *Charlie Hebdo* le dedicó una página doble donde el artículo principal estaba firmado por Bernard Maris, colaborador asiduo del semanario y amigo de Houellebecq, quien había escrito: “ningún escritor ha conseguido como él describir el malestar económico que gangrena nuestra época frente al sufrimiento y la destrucción de la sociedad de consumo”. Un día después, Maris, conocido por quienes lo apreciaban como el “Onclé Bernard”, era asesinado por los yihadistas. El escritor decidió suspender la promoción de su libro y se instaló de manera indefinida en Alemania,

donde goza de un enorme prestigio. Cuando los noticieros franceses le preguntaron si él también era Charlie, a Houellebecq se le atragantaron los sollozos: “Es la primera vez que asesinan a un ser querido.”

El atentado contra *Charlie Hebdo* desmintió algunas de las tesis de *Soumission*. Para empezar, el islam no está llegando a Francia únicamente de manera pacífica y democrática. La posibilidad de una Francia islamista que hubiera renunciado a los valores de la democracia, en particular a la libertad de expresión, con tal de vivir en paz, no sería motivo de risa durante mucho tiempo. También se equivocó en el retrato que hizo de sus compatriotas como seres apáticos e indiferentes: las manifestaciones de protesta por la muerte de los periodistas y en defensa de la libertad de expresión fueron apabullantes. Aquel domingo, los franceses, reunidos por millones en las principales plazas del país, le dieron al mundo una verdadera lección de ciudadanía. Houellebecq, por cierto, no estaba entre ellos.

La coincidencia en el tiempo entre el atentado y la publicación de esa novela no pasó inadvertida. Aun si no tenían ningún vínculo, era imposible dejar de asociar los dos acontecimientos. Al escritor se le acusó tanto de proislamista como de islamóforo. Manuel Valls, el primer ministro, lo mencionó en su discurso sobre los atentados como el contraejemplo de la Francia democrática: “Francia no es Michel Houellebecq, no es la intolerancia, el odio y el miedo.”

Más allá de su amistad con Maris, Houellebecq y *Charlie Hebdo* coinciden en muchas cosas. Ambos se sirven de la sátira, el humor y la provocación para denunciar la estupidez humana, en la que, por supuesto, se incluye el fanatismo. Congruente consigo mismo y con sus amigos periodistas, acribillados con kalashnikov en la redacción de su periódico, Houellebecq no ha deplorado nunca el tono provocador de su última novela. Al contrario, tanto en sus entrevistas como en sus apariciones públicas en Alemania, se ha dedicado a defender la “neutralidad” del escritor y su derecho a decir lo que le viene en gana. —



PERFIL  
**BJÖRK: EL SOL  
EN LA BOCA**

de GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE

En un *sketch* de *Dagvatkin* (*El turno matutino*, serie cómica de la TV islandesa), un hombre lee el periódico y se topa con una foto de Björk vistiendo uno de sus excéntricos atuendos. El tipo exclama: “¡Mira esta monstruosidad!” Un muchacho que desayuna junto a él responde: “¿A quién no le gusta Björk? Es una gran cantante.” Pero el hombre sigue: “Yo nunca la he escuchado cantar, solo chillar y aullar. Parece una retrasada mental en un concurso de disfraces.” Más tarde, la mismísima Björk entra a la cafetería y el hombre se deshace en elogios aunque una colega lo delata, repitiéndole a la artista la retahíla de adjetivos ofensivos. A Björk no le importa mucho: en realidad solo quiere usar el baño. La escena es representativa de las polarizadas reacciones que Björk provoca en el público. Desde su primer disco solista (*Debut*, 1993) genera tanta aversión como admiración incondicional, posiblemente porque es

+Una “monstruosidad” utópica.

una “monstruosidad” que ha construido su guarida en la frontera de un bosque encantado y el país del *pop* más comercial, iluminado con luces fluorescentes. Como Isobel, uno de los personajes de sus canciones, Björk ha sido capaz de cambiar el paisaje *pop* al sustituir el gas neón por un ejército de luciérnagas, combinando la intuición musical más silvestre con la pulida superficie del sonido “clásico”, la textura blanda de las venas con el pulso inasible de los circuitos electrónicos de un aparato. Incluso juega con el nombre que lo representa en el mapa: “Al *pop* prefiero llamarle la música *folk* de nuestro tiempo, la música de la gente, hecha para todo el mundo.” Si se la escucha con atención, Björk deja de ser ese personaje rocambolesco del *avant garde* neoyorquino de nuestros prejuicios y se revela como la punk que ha sido desde la adolescencia, la hija de una feminista y un electricista comprometido con la unión sindical. Por ejemplo: detrás del tufo modernillo que desprende *Biophilia* (2011), un álbum diseñado en forma de app, está un proyecto educativo en el que los niños (o en realidad, cualquier

persona) pueden aprender a hacer música sin sentirse intimidados por no saber tocar un instrumento o leer partituras, todo a partir de un acercamiento científico-artístico hacia la naturaleza. El año pasado el Museo de Arte Moderno de Nueva York (MoMA) adquirió *Biophilia* como la primera aplicación de su acervo, y este año ha inaugurado una muestra retrospectiva de la obra de Björk, reconociéndola como una figura clave para el arte contemporáneo. Klaus Biesenbach, el curador, explica en la introducción del catálogo que la cantante “ha creado formas innovadoras que cruzan todos los canales de nuestra sociedad mediática [y] la exhibición pretende consolidar la posición singular que ocupa Björk en las prácticas contemporáneas y celebrar su música, enormemente original y significativa”. Al principio Björk rechazó la propuesta: “¿Cómo se cuelga una canción en la pared?”, preguntó. La idea de un tour con memorabilia elogiando el pasado no le atraía, pero Biesenbach le comisionó una nueva pieza: el video de “Black lake”, la canción central de su último álbum, *Vulnicura* (2015), cuyas dolientes cuerdas y desesperados *beats*, semejantes a los latidos de un corazón en agonía, expresan el dolor provocado por la ruptura de su matrimonio con el artista Matthew Barney, padre de su hija Isadora. Candidato fácil para la etiqueta “*break up* álbum”, *Vulnicura* es en realidad un disco que, además de ejercicio catártico, egocéntrico (que Björk no se permite con tanta frecuencia como se podría pensar), pretende hacer compañía a quienes necesitan lidiar con el dolor de un corazón roto y una mala racha cósmica de pérdidas y fracasos: “Don’t remove my pain, it is my chance to heal”, canta en “Notget”. “La música —dijo a *Rolling Stone* en un ya lejano 1994— es la mejor enfermera del mundo.”

Hoy el video conceptualizado por Björk y dirigido por Andrew Huang puede verse dentro de una cueva artificial construida en el MoMA por el arquitecto David Benjamin, quien utilizó las formas orgánicas de percebes y erizos para emular el barranco original, esa herida natural del territorio islandés que fungió como escenario.

Björk quiso evitar el efecto Hard Rock Café al mostrar en una vitrina los objetos más representativos de su carrera (el vestido de cisne diseñado por Marjan Pejoski, los robots del legendario video “All is full of love” creados por Chris Cunningham, las hermosas cajas musicales transparentes cuyo sonido dio a *Vespertine* [2001] esa atmósfera mágica, escarchada). Por eso escribió una autobiografía fantástica junto con el laureado poeta Sjöón que acompaña el tránsito de los visitantes a través de audífonos y un sistema de geolocalización. Pese a estos esfuerzos, la crítica hacia la muestra ha sido mayoritariamente negativa, en tanto ha culpado a la dirección del MoMA de atraer al público con muestras populares (como las hechas en torno a Kraftwerk y a Tim Burton) sin proveerlas de contexto formal, de cuidadosa reflexión museística. Habría sido fundamental hablar de cómo Björk ha registrado su proceso creativo en los documentales de prácticamente cada álbum que ha hecho, de la relevancia interdisciplinaria de uno de sus mayores talentos: su capacidad colaborativa con toda clase de artistas, desde las muchachas groenlandesas sin experiencia que al ver un anuncio que la cantante puso en el supermercado formaron el coro para *Vespertine*, delirantes lutiers, cineastas como Michel Gondry o Spike Jonze y hasta científicos de la talla de Oliver Sacks y David Attenborough. No habría estado mal resaltar sus repetidos homenajes a lo literario, como la poesía de Jakobína Sigurðardóttir y E. E. Cummings (la letra de “Sun in my mouth” es un fragmento de “I will wade out”: *Pondré el sol en mi boca y saltaré, viva, para estrellarme contra la oscuridad*); ni qué decir de cómo ha contribuido a la visibilización de músicos tan disímiles como John Tavener, Leila Arab, Arvo Pärt, John Grant o Antony Hegarty. Habría sido una meta provechosa enfatizar que su impresionante trabajo como letrista y compositora de melodías camerísticas perfectas, de complejos ritmos, si bien enriquecido por los productores con los que ha trabajado (Mark Bell, Tricky, Arca), es un mérito que le pertenece por completo a ella y aun así la industria tiende

sistemáticamente a otorgarles el crédito a ellos. Con todo, su presencia en el MoMA ha bastado para generar preguntas relevantes en torno al arte contemporáneo: su lugar en la sociedad mediática, el fenómeno de las celebridades, el vínculo entre las artistas y las nuevas tecnologías. El crítico musical del *New York Times* Alex Ross destaca que lo más valioso del trabajo de Björk “es la mirada que proporciona, en momentos relampagueantes, de un mundo futuro en el que las ideologías, teleologías, guerras de estilos y subdivisiones que han definido tanto la música en el curso de los últimos cien años acaban esfumándose. La música recupera su felicidad original, libre tanto del miedo a lo pretencioso que constriñe a la música popular como del miedo a la vulgaridad que constriñe a la música clásica”.

No es extraño que quienes han visto trabajar a Björk describan sus métodos y filosofía con términos cercanos a la utopía. Ella misma reconoce que su motivación es, a pesar de todo, muy ingenua: “La razón por la que empecé en la música fue porque simplemente quería *dar*. Es así de *naïf*, como cuando tienes seis años y fantaseas con subirte a cantar a una mesa para hacer felices a todos.” Ross también conjetura que la música de Björk contiene algo así como una “poesía de la posibilidad”, un “urgente optimismo [...] la sensación de que el siguiente momento o encuentro podría transformarlo todo”. Quizá ese optimismo sea una de las dádivas más grandes de Björk, sobre todo para las mujeres que crecieron escuchándola. Una de sus canciones más hermosas, “One day”, promete que algún día, cuando sea preciso, brillarán fuegos artificiales en el cielo. “¡Lo presiento!”, canta la poderosa voz que habita dentro de ese pequeño cuerpo que cumplirá cincuenta años este 2015 y que, a diferencia de las acaparadoras biografías trágicas de artistas que han sido consumidas por el implacable juicio sobre su edad, el desamor o la injusta apreciación de su trabajo, constituye el testimonio de que la posibilidad de esa pirotecnia, de una vida construida alrededor de la creación, la generosidad y el placer, aun después de los momentos más duros, no es inalcanzable. —

AGENDA GLOBAL

## LAS PRIORIDADES DEL MUNDO

SAÚL WEISLEDER

**S**i usted tuviera el poder para resolver dos problemas que afectan a la humanidad, ¿cuáles escogería? Si respondió eliminar la pobreza extrema y el hambre y controlar el cambio climático, sus prioridades coinciden con lo que los países de la ONU se han comprometido a lograr, entre otros objetivos, para el año 2030. Que la pregunta sea personal tiene mucho sentido porque estos problemas también nos exigen asumir responsabilidades personales.

En el año 2000, los jefes de Estado y de gobierno de los países miembros de la ONU adoptaron la llamada Declaración del Milenio, cuyo objetivo era hacer frente a los problemas socioeconómicos más acuciantes de los países en desarrollo. La declaración, organizada en ocho objetivos, se propuso atender los desafíos concernientes a la pobreza extrema y el hambre, la educación, la igualdad de género y las oportunidades para las mujeres, las enfermedades contagiosas potencialmente pandémicas, la mortalidad infantil, la salud materna, el desarrollo sostenible y el fomento de la acción asociativa internacional para un desarrollo integral.

Los Objetivos del Milenio buscan resolver problemas a corto plazo y brindar herramientas para que la gente “aprenda a pescar”, universalizando la educación primaria, dando oportunidades reales a las niñas y de trabajo a las mujeres, y ampliando el acceso a medidas sanitarias de toda índole. De acuerdo a evaluaciones realizadas en 2014, los resultados obtenidos hasta el momento son alentadores, aunque desiguales por área y región.

A pesar de los avances que se han dado en reducción de la pobreza, acceso a salud infantil y materna y participación política femenina, los logros han sido insuficientes. La ONU ha establecido la Agenda Post 2015, con el propósito de no perder lo alcanzado y añadir objetivos referentes a combatir el cambio climático. Los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), que



+Objetivos del Milenio, una discusión en curso.

Fotografía: Juan de Dios García Davish

constituyen esta agenda, deberán alcanzarse a más tardar en 2030. Los países están obligados a integrar estos objetivos globales a sus propias necesidades de la manera más armoniosa posible.

Es sabido que con frecuencia hay *trade offs* entre el crecimiento económico (de corto y mediano plazo) y los objetivos ambientales. Esos *trade offs* generan a veces divergencias entre países y entre actores sociales y empresas económicas, por lo que alcanzar un acuerdo consensuado es una tarea difícil. Menciono esto porque tampoco deben minimizarse los obstáculos políticos, y de intereses legítimos, que tienen los gobiernos al momento de tomar una decisión.

Aunque, con frecuencia, obstáculos políticos y económicos nacionales dificultan los acuerdos globales requeridos para resolver desafíos de escala mundial como el cambio climático y la pobreza extrema, la diplomacia multilateral ha dado buenos frutos. Un buen ejemplo es el tratado para

el control de gases que vulneran la capa de ozono o el reciente avance en Lima, en diciembre pasado, hacia un acuerdo para reducir y paliar la amenaza del calentamiento global, aunque este último no sea todo lo sólido que deseamos. Estos logros de la diplomacia deberían llevarnos a seguir trabajando, no bajar la guardia y presionar para, que antes del 2030, las metas esenciales de la nueva agenda haya sido cumplidas.

Los temas más controversiales de esta agenda han sido los relativos al acceso efectivo a la justicia, la igualdad de género, la protección del ambiente y de los medios para lograrlo y, por supuesto, los “medios de implementación”, es decir, el volumen y tipo de recursos que se aportarán, reformas a las normas del comercio internacional (finalizar la difícil Ronda de Doha de la Organización Mundial de Comercio), transferencia de tecnología y otros. Se ha reclamado un mínimo anual del 0.7% del PIB para la Ayuda Oficial al Desarrollo como

compromiso ya asumido por los países desarrollados que, sin embargo, objetan que la economía global ha cambiado sustancialmente desde lo acordado en Monterrey en 2002 y, por lo tanto, nuevos países deberían ser donantes netos.

Los ciudadanos, en coherencia con los derechos y responsabilidades que nos otorga tal condición, debemos usar todas las vías y herramientas que nos ofrecen las sociedades democráticas para exigir de nuestros gobiernos asumir con seriedad esta agenda y pasar de la discusión a la acción. En la dirección [un.org/desa](http://un.org/desa) es posible encontrar toda la información oficial; también hay múltiples plataformas de sociedad civil (buscar “Agenda Post 2015” en Google). Un mínimo de solidaridad con los pobres y de responsabilidad con las generaciones jóvenes y futuras, nos demandan involucrarnos, ya sea participando políticamente o, al menos, comunicando nuestro compromiso a fin de formar redes de apoyo y acción. —

## DOS PREGUNTAS SOBRE EL HOLOCAUSTO

de HUGO HIRIART

¿Fue predecible el Holocausto? En un sentido no, porque resultaba difícilísimo, prácticamente imposible, imaginar que una cosa así pudiera suceder. La imaginación de la catástrofe tiene límites. La prueba de que en un orden la masacre era impredecible es el enorme número de trágicas víctimas que perecieron por no poder visualizar a tiempo el gran peligro que se iba alzando ante ellas. Esperaron ahí con candor e ingenuidad porque qué les podía suceder: eran tantos, millones, y estaban ahí desde hace siglos, y su cultura y cohesión eran firmes y poderosas. Cómo presagiar que su mundo iba a ser extinguido. No pudieron prever la escala de la nunca vista brutalidad.

E interrogo, ¿se sabe de alguien que haya previsto la destrucción que se aproximaba? El gran ensayista polaco Jerzy Stempowski en su *Ensayo para Casandra* se hace esta pregunta y repasa qué pudieron prever los intelectuales más agudos de la preguerra polaca. Respuesta: solo dos lograron vislumbrar algo, el historiador Szymon Askenazy y Mahmud Tarzi, diplomático afgano, embajador en París. Askenazy le reveló a Stempowski en una ocasión, entre otras cosas, “me asombró que la gente gaste dinero y energía construyendo edificios caros en una ciudad condenada a la destrucción [...] En este momento, sentados aquí en esta banca casi puedo ver los aviones alemanes echando bombas sobre la ciudad”.

Mahmud Tarzi, a su vez, profetizó: “Creo que Europa enfrenta desastres sin precedente, ustedes van a perecer vergonzosamente como animales en matadero.”

En todo caso ninguno de los dos previó el Holocausto. Pensar, observó el prodigioso historiador Lewis Namier, corre en contra de los más profundos instintos de la gente, que ama la simetría, la repetición, la rutina. Al inicio de la Segunda Guerra Mundial la gente estaba segura, por simetría, de que iba a ser una guerra

de trincheras, como la que acababa de tener lugar. En esas condiciones, ¿quién podía adivinar algo tan inesperado y bestial como el Holocausto, que aun ahora tiene a veces aire de cosa imposible?

¿Cuál es la especificidad del Holocausto?, ¿qué lo hace diferente de otras masacres? Esta pregunta solo puede responderse comparando. Decir que el Holocausto es incomparable, único, explica Yehuda Bauer, equivale a sacarlo de la historia y así trivializarlo. Comparemos, pues.

Entre el 22 y el 23 de agosto de 2010, en el ejido El Huizachal, del municipio tamaulipeco de San Fernando, 72 migrantes centro y sudamericanos, 58 hombres y catorce mujeres, fueron asesinados a sangre fría por los Zetas. Los hechos, según la narración de Joaquín Villalobos (la versión de la procuraduría nadie en su sano juicio puede creerla), se desarrollaron así: un migrante logra escapar y corre hasta encontrar un destacamento de soldados, se detiene y revela a los soldados lo que está sucediendo. Los soldados explican que ellos no pueden actuar, no son policías y llevan al migrante ante la policía. Él denuncia todo. Uno de los agentes, a sueldo de los Zetas, al oír esto va a toda prisa a avisar a la bodega donde están migrantes y criminales. Y los criminales al saberse descubiertos discurren asesinar a todos los secuestrados.

¿Qué distingue esta atrocidad del Holocausto? En primer lugar (a) los elementos accidentales (el policía corrupto se entera por casualidad). En el Holocausto todo es deliberado, nada es accidental. (b) La ansiedad y vacilación, la prisa al oír que han sido descubiertos, que lleva a la decisión apresurada y salvaje de asesinar a los migrantes. En el Holocausto nada se hace bajo presión de la prisa o la ansiedad, y no hay ninguna vacilación. (c) Los asesinos son gente sin instrucción, campesinos, algunos de ellos analfabetos, otros alcohólicos o drogadictos. En el Holocausto la gente es instruida, a veces culta, gusta de la música clásica, por ejemplo, y actúa con perfecta lucidez. (d) Un elemento que me parece importante para establecer la especificidad es que los Zetas no odian a los migrantes, no sienten

rencor ni resentimiento alguno hacia ellos, actúan obedeciendo sus miedos, su deseo de quedar bien ante sus jefes, mecánicamente. En el Holocausto el odio, rencor, hacia los judíos es profundo y desempeña un papel crucial, tanto más si sabemos que es un odio emponzoñado.

Los odian, pero no sabemos por qué los odian, ni cómo los odian. Los sentimientos de los nazis hacia los judíos han sido pasados por alto, no están claros y merecerían analizarse a detalle. Hay ahí, sin duda, resentimiento. ¿Cuál es el origen existencial de ese resentimiento? El resentimiento nace, dice Max Scheler, de un impulso de venganza frustrado, aplazado. ¿Cómo se fue dando esta sed de venganza? En el odio a los judíos tiene que haber sentimientos de inferioridad e impotencia por parte de los alemanes. Es interesante, pero no podemos detenernos aquí en eso. Sigamos con lo nuestro.

Ahora bien, observemos ciertos rasgos que ostenta la matanza de San Fernando y no aparecen en el Holocausto, a saber, (1) los elementos accidentales, no planeados, no deliberados; (2) la ansiedad, vacilación y prisa; (3) el carácter, falta de instrucción y luces de los participantes; (4) el alcoholismo y la drogadicción que, está certificado, padecen con frecuencia esos criminales, y (5) la falta de odio y rencor hacia los migrantes.

Pues, reparemos que son justamente estos elementos, que no figuran en el Holocausto y sí en San Fernando, los que podrían ser atenuantes —no excluyentes, que no los puede haber en una acción tan perversa, pero sí atenuantes— de responsabilidad, responsabilidad legal, moral y hasta teológica, que figuran en la matanza de San Fernando y están ausentes del Holocausto.

Esto quiere decir que la especificidad del Holocausto, antes que la escala monstruosa de la operación, es su carácter absolutamente perverso, maldad sin atenuantes, pura, destilada, que de ningún modo podría disculparse. Maldad irredenta, maldad imperdonable.

Sí, el peor criminal del siglo xx es sin duda el burócrata disciplinado y la mejor escuela del crimen, por tanto, es la que hace a los educandos sumisos, respetuosos, obedientes. —